

Sobre la educación estética del hombre

UNA SERIE DE CARTAS DIRIGIDAS AL DUQUE HOLSTEIN-AUGUSTENBURG POR FEDERICO SCHILLER.

(Ver No. 51)

16ª CARTA

De la correlación de dos instintos antagónicos y de la reunión de dos principios opuestos hemos visto surgir lo bello, cuyo supremo ideal ha de buscarse, pues, en la unión lo más perfectamente posible y en el equilibrio de la realidad y de la forma. Pero este equilibrio será siempre solamente una idea que jamás podrá ser alcanzada por la realidad. En la realidad habrá siempre una preponderancia de uno de esos factores, sobre el otro, lo más que podrá alcanzar la experiencia, será una oscilación entre los dos principios, preponderando ya la forma, ya la realidad. La belleza ideal es pues eternamente una e indivisible, puesto que no puede haber más que un solo equilibrio; al contrario, la belleza real será eternamente doble, puesto que en la oscilación el equilibrio podrá ser roto de dos maneras, ya sea de uno, ya sea de otro lado.

En una de las cartas anteriores hice notar y se puede desde luego, deducir con una rigurosa necesidad del conjunto de lo dicho hasta aquí, que se puede esperar de lo bello a la vez un efecto temperante y uno estimulante: un efecto temperante para contener en sus límites tanto al instinto sensible como al instinto formal; un efecto estimulante para mantener a ambos en su fuerza. Pero estos dos efectos de la belleza deben identificarse completamente en la idea. Ella debe atemperar

excitando uniformemente a las dos naturalezas, debe excitar, atemperándolos uniformemente. Esto se deduce, desde luego, del concepto de una correlación en virtud de la cual los dos términos, por necesidad se suponen mutuamente y son supuestos mutuamente también, y cuyo producto más puro es la belleza. Pero la experiencia no nos ofrece ningún ejemplo de una correlación tan perfecta, sino siempre ocasionará, en menor o mayor grado, la preponderancia una escasez, y viceversa. Lo que en lo bello ideal, pues, no se distingue más que en la imaginación, se distingue en lo bello real por su esencia. Lo bello ideal, aunque simple e indivisible, revela, encarado bajo dos aspectos diversos, por una parte una propiedad de dulzura y de gracia (1), y por la otra una propiedad de energía; en la experiencia hay una belleza dulce y graciosa y una belleza enérgica. Así es y será siempre, cuando lo absoluto está encerrado en los límites del tiempo y cuando las ideas de la razón deben realizarse dentro de la humanidad. Así el hombre en su pensamiento se forma la idea de la Virtud, de la Verdad, de la Beatitud; pero al obrar ejecutará solamente *virtudes*, descubrirá solamente *verdades*, y gozará solamente *días felices*. Reducir esto a aquello, colocar la Moralidad en el lugar de las costumbres, el Conocimiento en el de los conocimientos y la Beatitud en el del bienestar, es el objeto de la educación física y moral; hacer de las bellezas la Belleza, es el fin de la educación estética.

La belleza enérgica no puede proteger al hombre de cierto resabio de salvajismo y dureza, como la belleza graciosa no lo preserva de cierto grado de molicie y enervamiento. Pues, siendo efecto de la primera el exaltar el alma tanto físico como moralmente y acrecentar su elasticidad, a menudo pasa que la resistencia del temperamento y del carácter disminuyen la impresionabilidad, que la humanidad más delicada sufre una opresión que debía caer únicamente sobre la natura-

(1) Literalmente: «Propiedad fundente», como más abajo «Belleza fundente». Schiller hace uso de una metáfora muy común en alemán para expresar un efecto de ternura y de muelle abandono, y que se aplica tanto para caracterizar el canto del ruiseñor como la mirada de una dulce «Gretchen». Es tomada del efecto que producen los rayos del sol sobre el hielo o la nieve.

leza grosera, y que la naturaleza grosera participa de un aumento de fuerzas que solo debía aprovechar la libre personalidad. Por eso es que en las épocas de fuerza y abundante savia, se encuentra lo verdaderamente grande de la imaginación asociado a lo gigantesco y a lo extravagante, y lo sublime del sentimiento unido a los más horrorosos arrebatos de la pasión. Por eso es que en las épocas de la regularidad y de la forma, se ve a la naturaleza tan pronto oprimida y dominada, como ofendida y superada. Y como es obra de la belleza dulce y graciosa el detener al alma ya en la esfera de lo moral, ya en la de lo físico, ocurre muy fácilmente que la energía de los sentimientos se ahoga juntamente con la violencia de los deseos, y que el carácter sufre una pérdida de fuerzas que no debía sufrir sino la pasión. Por eso es que durante las épocas llamadas refinadas, no es raro ver degenerar la dulzura en mollicie, la cortesía en vulgaridad, la corrección en vaciedad estéril, la libertad en arbitrariedad, la alegría en frivolidad, la calma en apatía, y en fin, encontrar la caricatura más despreciable al lado de la manifestación humana más hermosa. Para el hombre bajo la coacción de la materia o de las formas, la belleza dulce y graciosa es, pues, una necesidad; ya que mucho antes le conmueve la grandeza y la fuerza, hasta que empiece a sentir la armonía y la gracia. Para el hombre que se halla bajo el imperio indulgente del gusto, la belleza enérgica es una necesidad, puesto que en su estado de refinamiento se inclina a despreciar una fuerza que guardó de su estado salvaje.

Ahora está, creo, aclarada y contestada aquella contradicción que se suele hallar en los juicios de los hombres sobre la influencia de lo bello y la apreciación de la cultura estética. Esta contradicción queda resuelta desde el instante en que se recuerda de que hay en la experiencia una belleza doble y que ambas partes afirman de la especie entera lo que, en realidad, puede probarse solamente de una parte especial de la misma. Desaparece tal contradicción cuando se llega a distinguir en la humanidad una doble necesidad a la que corresponden esas dos clases de belleza. Es, pues, verosímil que ambas partes tendrán razón, si llegaran a entenderse sobre la especie

de belleza y la forma de humanidad que tienen en su pensamiento.

Por lo tanto, en la prosecución de mis investigaciones adoptaré la vía que la naturaleza sigue con el hombre desde el punto de vista estético y partiendo desde las dos clases de belleza, iré elevándome hasta la idea de la especie. Examinaré los efectos que produce en el hombre enérgico la belleza dulce y graciosa, y los que produce en el hombre refinado la belleza enérgica, para fundir a la vez las dos clases de belleza en la unidad de lo Bello ideal, lo mismo que en la unidad del hombre ideal se absorben estas dos formas opuestas de la humanidad.

J. P.